

ubre en nosotros hondos secretos psicológicos que cada cual conoce más o menos bien, y oculta y disimula mejor con el pródigo barniz de nuestro habitual afán de vivir mintiéndonos.

Keyserling ha indignado a no pocos porteños argentinos descubriéndoles su tuétano indio. Los grupos intelectuales colonialistas de Buenos Aires se han sentido ofendidos—¡ellos, que miran sin cesar a Europa-madre y viven a sus mínimos gestos para seguirlos!—. Esta indignación es, no obstante su altisonancia, artificial y snobista. Las élites coloniales bonaerenses y sus cenáculos literarios adictos—arrogantes como buenos criollos—consideran ridículo, abominable y hasta indecente, que un señor alemán de sangre azul les descubra la "tristeza india" más abajo de sus maquillajes parisienses y de sus burguesas artes de sastrería. Pero "la tristeza india" rezuma en cada tango, aún en los de más lujuriosa catadura; la "tristeza india" está en La Pampa—¡pampa, nombre quechua!—; y, más adentro, en la verdadera Argentina indoamericana, que suelda sus vértebras con las de los Andes y pega sus tierras a las que fueron parte del predio comunitario de los Incas, la "tristeza india" está viva, profunda como la marca de bronce de tantos y tantos "cholos" argentinos que yo vi en los alrededores de Humahuaca, de Jujuy, de Salta y Tucumán donde todavía dice su palabra juntadora de pueblos el imperial verbo quechua de remotos ecos que parecen eternos.

### *Indoamérica, vocablo de reivindicación y de optimismo.*

Keyserling hace tres afirmaciones sobre la trascendencia telúrica de lo indio en nuestro continente. Dice que la tristeza indoamericana "no tiene nada de trágica" (*Medit.* 10). Descubre que en estos pueblos "encontramos ya hoy en día indicios de una concepción autóctona y original del Universo" (*Medit.* 8). Reconoce que "precisamente la inintelectualidad y la pasividad de Indoamérica pueden conferirle en este viraje de la Historia una misión trascendental para la Humanidad", porque "existen ya las condiciones previas" y le parece "asegurado el porvenir indoamericano", deduciendo que "es posible que el próximo renacimiento del espíritu surja en Indoamérica para la salvación de los hombres todos y para redimirlos de la brutalidad" (*Medit.* 8).

Estimulantes conclusiones que no se basan en una concepción europeizante o colonial de Indoamérica y que reconocen su unidad indestructible en la raíz de lo indígena y telúrico. Porque nuestra—india—es la tristeza indoamericana—de la que dice Keyserling, quizá

en la más aguda y realista de sus tesis—que "entraña más alto valor que todo el optimismo de los norteamericanos y que todo el idealismo de la Europa moderna" (*Medit.* 10).

Y esa *tristeza optimista*—acicate dolido y férvido de nuestra revolución, surge ya acendrada y vívida en lo que hay de arte puro en Indoamérica. Degenera y se desfigura en los malos tangos cabareteros y en todo ese mezquino jazz de pésima musicalería colonial que empujea la tristeza en morbosas angustias sexuales. Pero es fuerte y pura en los viriles ritmos quechuas que no cantan esclavitud—la kachampa cusqueña, por ejemplo;—en más de una dulce y bella canción maya que oí en Yucatán; en la música mestiza de buena cepa campesina, como el "pericón", el "tamborito", la "ranchera" y "santiagueñas" gauchas; en las vibrantes "zambas"—"zambacuecas" o "zamacuecas" o "marineras", que con variantes leves de compás son del Plata, de Chile, de Bolivia y

del Perú;—en los "pasillos" de Ecuador y Colombia; en no pocas canciones brasileñas, centroamericanas y antillanas, y en la magnífica música popular de México plena de gallardía y de vigorosas resonancias. Surge también esa optimista tristeza india en la pintura genial de Ribera, Orozco y sus discípulos y en la auténtica poesía rural indoamericana, irónica y ágil, a lo "Martín Fierro", porque la ironía triste y fuerte a la vez es de firme rastro indio, y en quechua tenemos de ella expresiones incomparables.

Por todo eso que ya anuncia el espíritu de lo que nuestra Patria Grande ha de ser, "Indoamérica" es un nombre de reivindicación integral, de afirmación emancipadora, de definición nacional. El arte se ha adelantado a su advenimiento; pero por él habla precursoramente la rebeldía y el secreto optimismo que van gestando una medular transformación en nuestros pueblos.

Y ese es el sentido y la justificación histórica de la expresión "Indoamérica." Ella envuelve y sinte-

tiza, como queda dicho, a todas las demás: *Indias* fué llamado este Continente durante tres siglos por nuestros conquistadores, y *América* es nombre tan europeo como nuestro. Es latino por Vespucio, por Hylacomylus y por los españoles y portugueses que lo aceptaron. Y el vocablo Indoamérica que—repetámoslo—es de todos modos de origen ibérico y—reiterémoslo,—es por tanto, de extracción latina, al mismo tiempo que conserva la auténtica denominación del Descubridor, y la de su primer defensor, Las Casas, amén de la que usaron las instituciones básicas del virreinato, supera esos valores alusivos con el sentido moderno del Indio y de nuestra América que va transformándose y definiéndose en el crisol de una nueva raza y de una nueva cultura.

¡No nos avergoncemos, pues, de llamarnos indoamericanos! Reconozcamos que en el corazón de nuestro Continente, como en el corazón de cada uno de sus habitantes, está lo Indio y ha de influir en nosotros aunque se perdiera en la epidermis y el sol se negara a retostarla. Porque está viva lo que Arciniegas llama bellamente "la negación agazapada", y ella ha de aflorar en plenitud de sus valores vitales algún día. Muchas veces, viajando por nuestras tierras y oyendo el habla de sus pueblos, he pensado que lo indio está impreso en nosotros hasta en la entonación con que hablamos nuestro idioma. El hombre de México, según la región, da al castellano un acento que no es raro percibir y distinguir cuando se oye hablar los dialectos indígenas. Alguna vez observé que hay tono *yaqui* en el dejo de los nortños, azteca o zapoteca en el de los de la meseta y mayaquiché en los de Yucatán y Guatemala. ¿No hablarían los chibchas con la cadencia colombiana y los araucanos con el "canto" chileno? Los andinos de Ecuador, Perú, Bolivia y Sierras argentinas tienen semejantes inflexiones quechuas. "Canto" mochika es el de los costeños del Nord-Perú y guaraní el de la entonación paraguayo-chaqueña. Y donde el negro dejó su rastro, cuando sustituyó al indio, hay una manera peculiar de hablar la lengua de Castilla. No hablamos, ciertamente, en Indoamérica el español de España. Y lo hablamos con diversos tonos. Digno de observarse es también que nadie sabe escucharse el propio *dejo*. En cada región de América se dice que los foráneos "cantan".

¡"Canta" el indio en la fonética de todos, pero sólo lo reconocemos en los extraños! Conocernos a nosotros mismos es quizá el mejor paso para lo que tantas veces se ha llamado el necesario *reavescubrimiento* de Indoamérica...

## Civilización o muerte

= Envío del Lic. Enrique Jiménez, dominicano connotado que estuvo, hace poco, en esta ciudad de San José de Costa Rica =

No va a ser un lecho de rosas el en que va a descansar la familia dominicana en este siglo. Va a tocarle un trabajo ímprobo de organización y un esfuerzo continuo de desviación.

Lo que hoy hacemos no es más que darnos cuenta de lo que hay que hacer para dar estabilidad a la administración pública. Apenas si empezamos a comprender cómo de la absoluta desorganización en que nos encontramos no se puede llegar a la organización de nuestra vida nacional, sino a fuerza de administración recta, sana de intenciones y metódica en sus procedimientos.

El siglo no va a permitirnos seguir por donde vamos. Por donde vamos se llega a la barbarie corrompida, crapulosa, lacerada, y nada más que con ver los antecedentes de ese siglo, se está viendo que él no puede permitirnos esa obra de corrupción y destrucción.

Felizmente para los pueblos débiles, las premisas de donde parte el siglo para su trabajo de cien años es el dominio puro y simple de la fuerza: de la fuerza hecha verdad por medio del principio terrible de la evolución; de la fuerza hecha poder, por medio del principio de las grandes nacionalidades; de la fuerza hecha guerra por medio del tremendo principio de esa supremacía de la fuerza brutal.

Esos tres horribles perturbadores de la vida del siglo XIX van a ser los constructores del siglo XX, y pese a quien pese, así será cómo los que no sepan sacar partido de sí mismos para hacerse fuertes en verdad, en poder y acometividad, serán pueblos barridos o destruidos.

Los dos pueblos que habitan esta hermosísima parte del Archipiélago de las Antillas, que no sueñen, que no dormiten, que no descansan! Su cabeza ha sido puesta a precio: o se organizan para la civilización, o la civilización los arrojará brutalmente en la zona de absorción que ya ha empezado.

Con el patriotismo de las pasiones enfurecidas, con la resolución de salvarse o morir, con los viejos heroísmos que ya han pasado de edad, con los resabios morales e intelectuales de aquel siglo pasado tan sujeto a espejismos de la mente!... Con eso, con lo que no sea verdad, poder y fuerza, no se irá en el siglo XX a parte alguna.

Los que no puedan llegar a alguna parte, aunque no sea más que a ser dueños de sí mismos en un rincón del espacio, que se civilicen. La orden del siglo es terminante:

Civilización o muerte.

EUGENIO MARÍA DE HOSTÓS

Santo Domingo, Repca, Dominicana, enero 1º de 1900.

HAYA DE LA TORRE

Incahuasi, nov. de 1938.